

EL DESGRACIADO PRÍNCIPE CARLOS, LA HERIDA Y VESALIO DESDEÑADO.

Anastasio Rojo Vega

Catedrático de Historia de la Ciencia en la Facultad de Medicina de Valladolid. España.

Correspondencia:

ANASTASIO ROJO VEGA

Cátedra de Historia de la Ciencia.

Facultad de Medicina de Valladolid.

c/ Ramón y Cajal, 7; 47005 VALLADOLID.

rojo@med.uva.es

Durante el mes de Julio de este año de 2013, una cadena de televisión austriaca, de la mano de la periodista Bárbara Pilcher-Hausegger, ha estado grabando en España un documental en torno a la vida y muerte del malogrado príncipe Carlos, el hijo de Felipe II que debería haberle sucedido en el trono como Carlos II de España, pero acabó convirtiéndose en uno de los más sobresalientes elementos de la denominada Leyenda Negra.

La Leyenda Negra española fue un proceso político-propagandístico similar al padecido por alemanes y japoneses tras la Segunda Guerra Mundial. No voy a decir que algunos españoles, alemanes o japoneses no hayan cometido crímenes de guerra, pero no solamente ellos. Históricamente, los ganadores son siempre buenos y los perdedores constantemente malos. Los triunfadores olvidan una de las esencias del antiguo triunfo romano, el esclavo que, situado tras el general, sosteniendo la corona de laurel sobre su cabeza, iba susurrándole al oído, sin pausa, monótonamente: *Recuerda que eres mortal*.

Es que los éxitos en el campo de batalla saben mejor si se adornan diciendo que no solamente se ha derrotado al enemigo, sino también al malo. Los perdedores se convierten en seres abyectos, repugnantes, opresores y peligrosos para la Humanidad. Los ganadores manejan la publicidad y de aquellos polvos vienen los lodos de los españoles vistos por Hollywood. Hombrecillos crueles, renegridos, grasientos, sucios, con enormes mostachos – no sé si conocerán la gracia inglesa del *¿Por qué los españoles usan bigote? Porque quieren parecerse a sus madres-*; un rebaño que disfruta con la tortura, representada por la Inquisición, tan despiadados como estúpidos frente a rubios, rozagantes, hermosos e inteligentes piratas británicos, franceses y holandeses.

Últimamente, la historia ha ido podando de algunos lugares comunes la mente de los historiadores. El español del Siglo de Oro no era el hombre más cruel de la época, sino uno digno de ella, y posiblemente no el que más. La Inquisición es su etiqueta y es cierto que quemó personas, pero, por imperdonable que sea la muerte de tan sólo una sola, cuando se ha echado mano de las cuentas y de los registros, se ha visto que, sorprendentemente, fueron pocas, es decir, menos que las que se quemaron por semejantes delitos en Inglaterra, Alemania o Francia, por poner tres ejemplos.

Por el mes de Marzo estuve en Calabria y allí Maurice Aymard, del CNRS francés, me comentó eso mismo, el sor-

prendente bajo número de mujeres quemadas por brujas en España y en Sicilia en comparación con los países arriba mencionados. Más aún, las quemadas en España lo fueron más por linchamiento popular que por proceso inquisitorial, ya que los inquisidores tendían más a creer en locuras que en pactos con el demonio.

Digamos que, poco más o menos, todos los europeos de la época podrían haber sido medidos con el mismo rasero; la diferencia es que España era la primera potencia y las primeras potencias resultan arrogantes y antipáticas, como los EEUU ahora. Los estadounidenses, chicos y grandes, hombres y mujeres, por mor de dicha arrogancia, sufren el odio actual de una parte del planeta, los españoles lo sufrieron cuando fueron importantes y de ahí los lodos dichos de la Leyenda Negra.

Pero la historia avanza, enriqueciendo con matices lo que antes solamente era blanco y negro. Es lo que han venido a hacer los austriacos a España grabando un documental titulado *Desnudando a Schiller*, mostrando la improbabilidad del asesinato del príncipe Carlos por su propio padre y por el moti-



Figura 1.-
Don Carlos.



Figura 2.-
Isabel de Valois



Figura 3.-
Felipe II

vo de apoyar la causa de la independencia de los Países Bajos. La muerte del príncipe es un clásico de la historiografía europea, en el que el tiempo ha ido apartando a los estudiosos del camino del homicidio, para reconducirlos hacia la medicina, hacia la enfermedad y la locura heredada de Juana la loca, o adquirida tras la herida en la cabeza que se hizo al rodar por unas escaleras.

Y como la historia es imparabla, los austriacos han buscado decorados reales para mostrar lo que en ella pueda haber de cierto y de incierto; lo que de cierto e incierto hay en uno de los más famosos dramas de Friederich von Schiller (1759-1805): *Dom Karlos. Infant von Spanien*.

1. DON CARLOS SEGÚN SCHILLER Y VERDI

¿Por qué Schiller y por qué la televisión austriaca? Porque el drama del alemán sirvió de argumento a una de las óperas más famosas de Giuseppe Verdi, *Don Carlo*; y porque Salzburgo, ciudad austriaca, es uno de los centros operísticos de referencia mundial.

En ambos casos los personajes están escogidos entre lo más florido y llamativo de su tiempo: el propio Felipe II, la princesa Isabel de Valois, que habría estado enamorada del príncipe antes de ser obligada a casarse con el rey; la tuerta princesa de Éboli, el marqués de Poza, que a la sazón era don Francisco de Rojas Enríquez; el conde de Lerma, don Francisco de Sandoval y Rojas; y ¿cómo no? el Gran Inquisidor, comiéndose los a todos crudos. Los demás son personajes secundarios, Tebaldo, paje de Isabel de Valois; la condesa de Arenberg, cuyo marido murió en la batalla de Heligerlee, en 1568, comandando los tercios; o el mismo pueblo español.

El drama musical se compone de cinco actos. En el I, el pueblo español, sumido en la miseria y consumido por el hambre propiciado por las guerras, manifiesta las esperanzas de paz que sugieren el matrimonio que se está negociando entre Francia y España, de la princesa Isabel de Valois con el joven príncipe Carlos. Todo va sobre ruedas, más desde el momento en que un encuentro fortuito hace que prenda el amor en ambos futuros contrayentes, pero ¡Ah! Felipe II decide acele-

rar por su cuenta la consecución de la paz y, por así decirlo, roba la novia a su hijo, siendo él quien se casa con Isabel, dejando a ambos jóvenes como puede suponerse, desolados los dos y Don Carlos con un resentimiento oculto que ya no le abandonará mientras viva.

En el II se nos pinta la angustia que se ha apoderado de Don Carlos viendo al objeto de sus amores esposa de su padre,



Figura 4.-
Dom Karlos, Schiller



Figura 5.-
Don Carlo,
Verdi.

más cuando Isabel parece haberse olvidado de él, cosa que no es cierta; pero es una princesa perfectamente educada para reina, y sabe que es mejor disimular y comportarse como lo que debe ser, una mujer fiel.

La pérdida y el desvío de Isabel ponen a Don Carlos frenético y le hacen favorable a los enemigos de su padre. Comienza a forjarse en su cabeza la idea, apoyada por el marqués de Poza, la independencia de Flandes. Poza es el gran defensor de los flamencos en la Corte española, incluso ha llegado a pedir a Felipe II en persona el favor de los mismos, aunque, evidentemente, el monarca no le ha hecho caso.

El III es un acto de enredos. Don Carlos aprovecha un momento en que cree encontrar sola a Isabel, para manifestarle que su amor por ella sigue vivo, pero la dama, a quien no había visto el rostro, no es Isabel, sino la princesa de Éboli, que le amenaza con contar al rey que mantiene relaciones con la reina. El de Poza, que aparece tan oportunamente como todos los personajes de teatro, quiere apuñalar a la de Éboli, pero Don Carlos se lo impide. El asunto queda pendiente, porque es el tiempo de dar entrada a uno de los elementos claves de la Leyenda Negra: al Auto de Fe de los quemados, celebrado en Valladolid en 1559, aquel en que se quemaron luteranos y al que se dio también el nombre de Auto de los quemados o Auto del doctor Cazalla.

La *mis en scène* es la esperable: monjes arrastrando a protestantes hasta el patíbulo, hasta las llamas y Felipe II presidiendo el acontecimiento, pero ¡sorpresa! Don Carlos llega hasta sus mismas barbas, rodeado de seis diputados flamencos, y allí mismo le exige la libertad de los Países Bajos. Felipe II no solamente le contesta lo mismo que a Poza, que no, sino que hace detener a los flamencos. Don Carlos desenvaina la espada contra el rey, pero una vez mas aparece la mano salvadora de Poza para detener el impulso asesino. Las llamas crepitan, mientras los condenados se hacen cenizas.

En el IV, Felipe II no ha dejado de meditar sobre el intento de su hijo de atravesarle con la espada, llegando al punto de pensar si no sería prudente matarlo, claro, que eso sería grave pecado ¿o no? El Gran Inquisidor le da la respuesta: la paz del mundo bien vale la sangre de un hijo ¿Acaso Dios, para salvarnos a todos, no sacrificó al suyo? Cuando el rey le agradece el consejo, el Gran Inquisidor aprovecha la ocasión para pedirle como pago la muerte de Poza. Felipe II, horrorizado, se niega. El Gran Inquisidor se retira con un enigmático “*ya veremos*”.

La segunda escena muestra a Don Carlos encerrado en una celda, al tiempo que el de Poza es asesinado por sicarios del Gran Inquisidor de un pistoletazo en el pecho.

El pueblo español, habiendo comprobado que la miseria y el hambre no solamente no han cesado, sino que se han hecho más fuertes, está revolucionado, canta: ¡Muerte, muerte a quien nos impida el paso! ¡Matemos, matemos sin piedad, sin miedo! ¡Temblad ante el pueblo vengador! ¡Matemos, matemos, matemos!, al tiempo que muestra sus simpatías hacia el príncipe y la independencia de los Países Bajos. La confusión es aprovechada por Don Carlos para con la de Éboli, que mientras tanto se ha hecho su amiga, por no decir su enamorada. El pueblo clama y Felipe II no sabe que hacer ante un levantamiento, que resuelve en un segundo la reaparición del Gran Inquisidor: ¡Sacrilegos! ¡Oh pueblo sacrilego! ¡Prostérnate ante aquel a quien Dios protege! ¡De rodillas! ¡De rodillas! Y el pueblo español, aterrado - ¡Señor perdónanos, perdónanos! - calla de golpe y cae de rodillas. La revolución ha terminado. Los españoles regresan al redil.

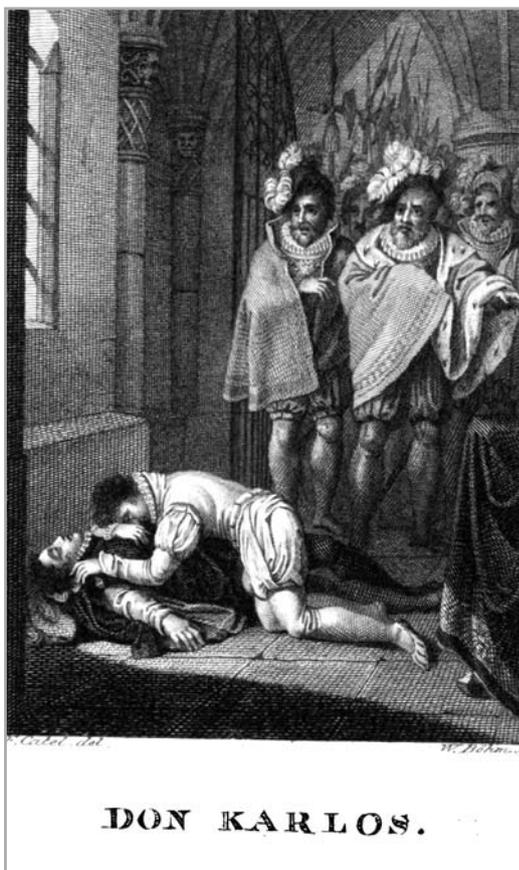


Figura 6.-
Una
escena
del
drama
de
Schiller



Figura 7.-
Escudo de
armas de
don Carlos

El V y último acto es truculento. Los secuaces del Gran Inquisidor, los monjes del Santo Oficio, localizan a Don Carlos y quieren matarlo, este saca la espada para defenderse, pero no hay caso. Están junto a la tumba de su abuelo, el emperador Carlos V, y su espectro surge de la tinieblas para agarrar y arrastrar por la fuerza al príncipe hasta su última morada, diciendo: *Hijo mío, los dolores de la tierra / se vienen a expirar en este sitio / ¡La paz que vuestro corazón espera / sólo se encuentra al lado de Dios!* Mientras espectro y Don Carlos hacen mutis por la tumba, el Gran Inquisidor exclama: *¡Es la voz del emperador!*; Felipe II: *¡Mi padre;* e Isabel de Valois: *¡Oh, cielos!*

2. EL PRÍNCIPE CARLOS EN LA HISTORIA

Carlos nació en Valladolid, el 8 de julio de 1545, de la primera mujer y prima de Felipe II, Manuela de Portugal, cuando el monarca español tenía diez y ocho años. La endogamia le pasó factura. Según el barón Dietrichstein, tenía uno de sus hombros más alto que el otro y la pierna derecha más corta que la izquierda, *pectus excavatum* y su correspondiente joroba, razón por el que en su más famoso retrato, el que le hizo Sánchez Coello en torno a 1558, aparece ataviado con una disimuladora capa.

Zurdo, tampoco le acompañaba la palabra. Le costaba arrancar las frases, articular las palabras, tartamudeaba ligeramente y su voz era delgada y chillona, según el referido Dietrichstein, que tampoco es amable al hacer su retrato psicológico: su razón no parecía lo suficientemente desarrollada como para permitirle discernir entre lo bueno y lo malo y no conocía freno a su voluntad.

El perfil psicológico descrito fue atribuido a la circunstancia de haber sido criado entre mujeres, que todo le habían consentido, particularmente su tía la princesa doña Juana, *"Criose el Príncipe Don Carlos hasta sus catorze años en la custodia de los Reyes de Bohemia, y de la Princesa doña Juana sus tíos Gobernadores de España por las ausencias de don Filipe su padre, atendiendo todos a la conservación de su vida i buena, aunque no a su conveniente educación"* (Cabrera 1619, 296). Así lo pensaba también el licenciado Gámiz, cuando avisaba de que lo estaban criando mal, haciéndole soberbio y mal acondicionado,

"sobre cualquier cosa se araña la cara y se echa al suelo". Rabieta que preocuparon a la Corte cuando Don Carlos alcanzó la adolescencia y se comprobó que iban a más, sobre todo a partir de 1558, cuando contaba trece años, lo que se atribuyó a una alteración del carácter provocada por las fiebres intermitentes.

Las fiebres palúdicas fueron uno de sus peores azotes, con episodios larguísimos, probablemente motivados por su general debilidad, así uno de ellos, que le comenzó el 6 de agosto de 1559, no le abandonó hasta octubre de 1561, pese a las atenciones que le dedicaron los doctores Santiago de Olivares, Cristóbal de Vega y Martín de Santacara.

De cualquier forma, las fiebres no paralizaron su vida ni la de quienes le acompañaban. El propio año de 1559, su padre le prometió el gobierno de los Países Bajos, aunque finalmente no se atrevió a que el nombramiento llegase a ser efectivo, dadas las excentricidades de su hijo, que comentaré luego, y que comenzaron a atribuirse, en secreto, a locura heredada de su bisabuela doña Juana, la loca.

No debió ayudarle la boda de su padre con Isabel de Valois. En principio se había pensado en la francesa como esposa de Carlos, pero finalmente Felipe decidió hacerla su esposa, casándose con Isabel en 1560, cuando la princesa tenía 14 años. Este arrebatamiento de prometida, a la que Carlos pudo conocer el 12 de febrero de dicho año, es parte importante de los argumentos de Schiller y Verdi, y causa, según algunos historiadores modernos, de un resentimiento vitalicio contra el rey.

Tal vez para compensar el robo de la prometida, se le propuso otra nueva, la inglesa María Estuardo, que Don Carlos rechazó: *"me respondió y ha dicho algunas veces no quererse casar"*, escribió el rey. Simultáneamente, se le hizo proclamar y jurar por Príncipe de Asturias, en Toledo, el 22 de febrero del año de las bodas de su padre, 1560.



Figura 8.- Felipe II en la Historia de Cabrera.

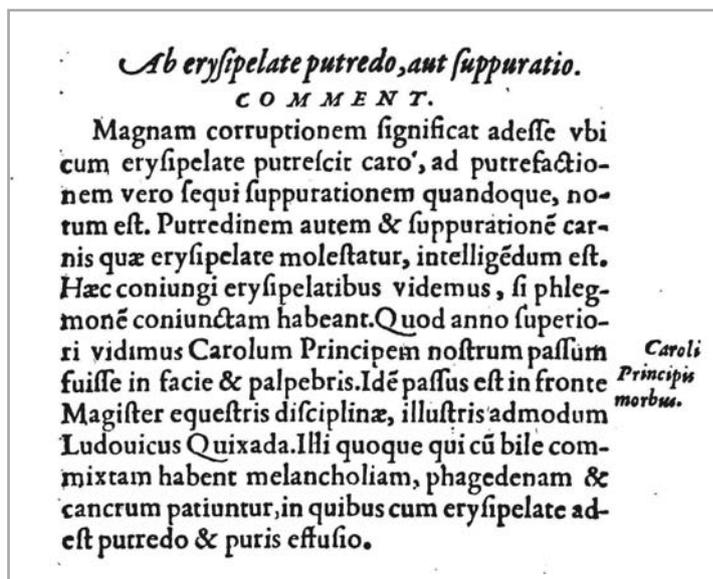


Figura 9.- - La erisipela de don Carlos, según el doctor Vega.

El juramento fue una de tantas ocasiones para dar muestras de su extraño carácter, una oportunidad que no desaprovechó. Trata sobre ello el cronista Cabrera de Córdoba. Recordemos que estaba en pleno padecimiento de un episodio de cuartanas: "delante de la Princesa venía don Carlos a su juramento con mal color de quartanario en un caballo blanco" (Cabrera 1619, 247).

El acto debió poner los pelos de punta al duque de Alba, encargado del protocolo. La primera en jurar fue Isabel, el presunto amor de Don Carlos: "juró de obedecer al Príncipe Carlos, i tenerle por heredero legitimo destes Reynos, i fue a besarle la mano luego, i el la abraço, y no se la quiso dar" (Cabrera 1619, 248). Lo mismo hizo con todos los que siguieron, nobles y eclesiásticos, incluso con don Juan de Austria, el único con la suficiente energía como para no permitir semejantes tonterías: "i hecho su juramento con reverencia baxa pidió la mano a su Alteza, i en porfia al fin se la beso" (Cabrera 1619, 248).

Parece lógico que el de Alba, visto lo visto, al llegar su turno, que era el último del besamano, no hiciese intento de buscársela, lo que en vez de contentar al príncipe le disgustó: "i olvidado de ir a besar la mano, por que el Príncipe le miró con enfado, fue i dio su disculpa i le abraço su Alteza" (Cabrera 1619, 248). Como dirían en el mundo rural castellano, quien lo entienda, que lo compre.

Tan delicado le veían los médicos, que aconsejaron un cambio de clima, que Felipe II no dejó que alcanzase más allá de Alcalá, a cuya Universidad supuestamente fue a estudiar, en 1561, 15 años de su edad, junto con don Juan de Austria y Alejandro Farnesio por compañeros, "para que aprendiesen Latín i lo que devian saber necesariamente de las gracias i gentileza; porque tiene aquella villa buen asiento para exercicios de cavalleria, alegres riberas i gran Palacio Arçobispal para la bien acomodada abitacion" (Cabrera 1619, 296). La verdad es que no se sabía qué hacer con él y con su salud. El embajador de Francia informaba a su monarca que se le veía tan extenuado, que los médicos temían pudiese caer en caquexia. El propio rey, en carta de 11 de mayo del siguiente año de 1562, contaba que otra cuartana "le había dejado tan flaco que V.M. no lo podrá creer" (Hernández, 307).

Fue a Alcalá supuestamente a estudiar. Supuestamente, porque, al parecer, lo que le atraían, lo que realmente le motivaban, pese a sus dolencias, eran las faldas. Había empezado una vida nocturna que describe Cabrera: "Salía el Príncipe de noche por la Corte con indecencia i facilidad" (Cabrera 1619, 469-470). No hay evidencia, pero cabe la posibilidad que tales indecencias estuviesen en el origen de su descalabradura del 19 de abril de 1562.

Presente en las Cortes de Castilla de 1563, en julio de 1564 regresó definitivamente a Madrid, para comenzar a interesarse por la política y por el poder, iniciando una serie de intrigas.

Su padre le había tenido siendo tan joven, que las esperanzas de sucederle en el trono pronto, eran muy lejanas. Don Carlos era príncipe sin expectativas ciertas de ser rey. Poco le contentó que le nombrasen miembro del Consejo de Estado, él quería más y en ese más acariciaba la posibilidad de ser príncipe de los flamencos (Cabrera 1619, 470), o incluso de los alemanes, huyendo a aquellas tierras y casándose con su prima Ana (Cabrera 1619, 470).

Quería el poder absoluto y solamente podía tenerlo lejos de su padre, de Castilla, de ahí su fijación por los territorios del Norte de Europa. Hubo un momento en que todo parecía ir a favor de sus esperanzas, cuando, como se ha visto, Felipe II le prometió el gobierno de Flandes, una promesa que el rey prudente finalmente no cumplió, fiándose más de la competencia del duque de Alba. Don Carlos, al enterarse del nombramiento, acometió al duque puñal en mano. Era muy dado a desenvainar su arma. Tuvieron de contentarlo.

En consecuencia, el periodo 1565-1568 fue de continuas intrigas y proyectos de escaparse a Flandes con el conde de Egmont, descubierto a Felipe II por el príncipe de Éboli, Ruy Gómez de Silva; con el barón de Montigny y con Berghes.

Intrigas que acaban dando con el en un torreón del alcázar de Madrid, prisionero con la puerta abierta, desde el 2 de marzo de 1568 según Cabrera, para que no pareciese cárcel, pero siempre vigilado, por don Rodrigo de Benavides, don Juan de Borja, don Juan de Mendoza y don Gonzalo Chacón, "i otros no avian de entrar sin espresa licencia de su Magestad, sino el Medico i el barbero quando los llamasen" (Cabrera 1619, 476). Felipe II lo había decidido así al ser enterado por el prior del monasterio de Nuestra Señora de Atocha de los deseos que el príncipe le había confiado de matar a su padre. Para ver si se corregía, se le pusieron al alcance de la mano algunos libros "solamente de buena doctrina y devoción" (Cabrera 1619, 476).

Su comportamiento en prisión fue el que cabía esperarse de él. En principio mantuvo lo que podríamos llamar una huelga de hambre: "estuvo tres dias sin comer con profunda melancolía" (Cabrera 1619, 496); pero al cuarto pasó al extremo contrario: "comio mas de lo que pudo gastar su calor por la debilidad de estomago y destenplança, de manera que enfermo gravemente de tercianas dobles malignas, vomitos y disenteria" (Cabrera 1619, 496); fiebre y diarreas a las que habrían ayudado el uso inmoderado de nieve para beber y refrescarse: "Con la indignacion y corage el fogoso principe abusado, i del calor del Estio bevia con eceso agua de una gran fuente de nieve, y con ella hazia enfriar la cama, donde pasaba lo mas del tiempo para refrescarse" (Cabrera 1619, 496). Con todo, lo de darse panzadas era otro de los rasgos continuos de su alterada personalidad, así Ludwig Pfandl,



Figura 10.- Retrato de Dionisio Daza.

informaba de que era: "inmoderado en el comer, se empazaba de cantidades suficientes para satisfacer a dos o tres personas" (Hernández, 318).

De estas fiebres y disenterías debió morir, aunque, como el suceso acaeció en prisiones, las acusaciones contra Felipe II saltaron inmediatamente. Cabrera, que no deja de ser un cronista oficial, se hace eco de la entrada de Don Carlos en la Leyenda negra desde aquel mismo momento: "Variamente se habla deste caso dentro i fuera de España, i en las Istorias de los enemigos i emulos dello. Yo escrivo lo que vi i entendí entonces" (Cabrera 1619, 496).

Murió el 24 de julio, apenas cumplidos los 23 años, a las cuatro de la madrugada (Cabrera 1619, 496); según dijeron los enemigos y émulos, envenenado, por orden del rey y por uno de los médicos de mayor confianza del malogrado: el doctor Santiago de Olivares.

3. VESALIO NO ES NADIE EN ALCALÁ

¿El loco nace o se hace? Esta pregunta ha rondado permanentemente en la cabeza de los historiadores que se han ocu-

pado de Don Carlos. ¿El príncipe nació con los genes locos de su bisabuela Juana, o su extraña conducta derivó, o fue magnificada por la descalabradura sufrida en Alcalá?

Cabrera no deja de referirse a ella: "A nueve de Mayo deste año mil y quinientos y sesenta y dos, baxando con poco tiento una escalera volo muchos pasos, y dando con la espinula y cerebro en algunos quedó mortalmente herido" (Cabrera 1619, 296). Tanto se temió por su muerte, que Felipe II no dudó en acudir hasta él y en recurrir a los más extraños remedios, incluyéndose entre ellos la momia de fray Diego de Alcalá, muerto en olor de santidad: "hizo traer a los frailes de san Francisco del monasterio de Iesus Maria, Seminario de Santos, en procesión el cuerpo del bendito frai Diego; i puesto sobre el Príncipe casi difunto, le boluieron a su capilla" (Cabrera 1619, 296); era el 9 de mayo. Según contaría más tarde Don Carlos, fray Diego se le apareció a la noche siguiente, con una cruz de caña en la mano, para decirle que no moriría de la herida (Cabrera 1619, 297), como así sucedió. Dionisio Daza, excelente prosista, es mucho más preciso: "a los 19 de abril de 1562 años, habiendo cincuenta dias justos que le faltaba la quartana, de la cual se había estado curando en la dicha villa, este día el Príncipe nuestro señor despues de haber comido a hora de las doce y media bajando S.A. por una escalera muy oscura, y de muy ruines pasos, y cinco escalones antes que acabase de bajar echó el pie derecho en vacío y dio una vuelta sobre todo el cuerpo, y cayó y dio con la cabeza un gran golpe en una puerta cerrada: quedó boca abajo y los pies arriba: descalabrose en la parte postrera de la cabeza a la parte izquierda, junto a la comisura que se llama landoydes" (Daza, 538).

Cabrera concluye: "El cerebro del Príncipe mostro su lesion estando la voluntad menos sujeta a la razon [...] mostrando aver sido la enseñança infructuosa de alli adelante" (Cabrera 1619, 297), tomando la postura de que la locura del heredero de Felipe II se hizo.

Pero el mismo Cabrera no deja de recoger muestras de unos desarreglos de conducta que habían comenzado a manifestarse desde la infancia, por mala educación, o por lo que fuera.

Veamos algunas de sus explosiones de cólera, que era de lo que más padecía: "porque la cayo de una ventana un poco de agua : embió la guarda para quemarla y matar los moradores"; la guarda, lógicamente, no le hizo caso, explicándole que nada podían hacer, ya que en dicha casa había un religioso con el viático que se había llevado a un moribundo. Otra vez llamó a don Alonso de Córdoba, un pequeño gentilhomme que dormía en un aposento junto al suyo, para servirle de criado, y como no oyese la campanilla y no acudiese "levantose furioso el Príncipe, i cogiolo en los braços para echarle al foso de Palacio"; gracias a los gritos que dio, pudo salvarse. Igual de mal lo paso un zapatero, por haber hecho unas botas que no le complacieron: "i guisadas y picadas en pequeñas piezas hizo comer las votas al menestral". Última de Cabrera: como el cardenal Espinosa no hubiese dejado a un famoso actor representar ante Don Carlos "le asio del roquete poniendo mano en un puñal, i le dixo: Curilla vos os atreveis a mi, no dexando venir a servirme a Cisneros? Por vida de mi padre que os tengo de matar". Todo un pequeño Calígula (Todo lo anterior en Cabrera 1619, 470).

¿Loco por la herida o antes de la herida? Cada cual saque sus conclusiones. En lo que hace a la esencia de la herida, contamos con dos descripciones pormenorizadas, a cargo del presunto envenenador y protomédico Santiago de Olivares, Relación de la enfermedad del Príncipe D. Carlos en Alcalá por el Doctor Olivares médico de su cámara; y del cirujano Dionisio Daza, Relación verdadera de la herida de cabeza del

Serenísimo Príncipe D. Carlos nuestro Señor, de gloriosa memoria, la cual se acabó en fin de julio de 1562.

Otro día volveré sobre ella, hoy, por exigencias de espacio, únicamente me voy a referir a la no participación del famoso Andrea Vesalio en la curación de Don Carlos.

Vesalio llegó a Alcalá el 1 de mayo de 1562, acompañando al rey, junto con uno de los médicos elegidos por el monarca para su propia cámara: "este día vinieron el Doctor Mena, médico de cámara de su Majestad, y el doctor Vesalio" (Olivares, 556-7).

Todos juntos, los recién llegados, los llamados, y los del cámara del príncipe que le acompañaban en Alcalá, hicieron su correspondiente observación y discutieron sobre la sucesión de accidentes. El 4 de mayo se caracterizó por unas deposiciones coléricas muy rápidas, según terminología de la época, seguidas de disminuciones de la temperatura corporal y del pulso. Reunidos en consulta, "El Doctor Vesalio, visto esto fue de parecer que el daño era interior y que no tenía otro remedio sino pasar el casco hasta las telas"; es decir, que en su opinión había que trepanar, que cualquier otro tratamiento sería inútil, "y tenía por burla tratarse de otro beneficio" (Olivares, 558); lo mismo que él pensaba el doctor Portugués (Daza, 544).

Los médicos, unánimemente, no pensaban lo mismo, menos desde que llegó a Alcalá otro de los considerados mejores cirujanos de España. Daza lo refiere así: "Visto estos accidentes, yo propuse en la consulta que pues era negocio de tanta duda, que trajesen al bachiller Torres, cirujano y maestro mio, que residía en la villa de Valladolid, hombre de muchas letras y gran experiencia, y a todos les pareció muy bien" (Daza, 542).

La conclusión definitiva, dejando a un lado a Vesalio y al Portugués, fue que había que legrar, no trepanar: "todos los demás fuimos de parecer que la causa destos accidentes era una de dos: o que el hueso del casco estaba purulento, y para esto era bien se legrase [...] o que la inflamación externa se había comunicado por las suturas a las membranas del cerebro". (Daza, 545).

De manera que las opiniones de Vesalio no volvieron a ser tenidas en cuenta. El legrado se llevó a cabo el 9 de mayo, a las nueve de la mañana, y "hallose el casco blanco, y entre sus porosidades estando legrándole salieron unas gotas de sangre muy colorada, y así paro la legra. Viose por vista de ojos no haber daño en el casco, ni en la parte interior que correspondiese por aquel lugar. Fue de muy gran fruto esta obra porque se salio de la duda que se tenía, y así todos, excepto Vesalio, el cual nunca mudó parecer, entendieron que el daño era comunicado y accidental de la fiebre y erisipela" (Olivares, 561); es la erisipela que menciona Cristóbal de Vega en el libro incluido en la bibliografía (p. 551).

Lo mismo, más o menos, cuenta Daza: "Comenzó el doctor Portugués a echar la legra, y a pocos lances me mandó el duque de Alba que la tomase yo; y fui legrando, y a poco rato hallé el casco blanco y sólido, y comenzaron a salir de la porosidad del hueso unas gotillas de sangre muy colorada, y con esto paró la legra [...] Sirvió esto de salir de la duda que se tenía, y así todos excepto el Vesalio y el Portugués, que nunca mudaron de parecer, entendimos que el daño era comunicado y accidental de la calentura y de la erisipela" (Daza, 547-8).

¿Cómo debió sentirse Vesalio? No muy bien, sobre todo teniendo en cuenta que antes de dejarle trepanar a él, los españoles permitieron actuar a Pinterete, "los ungüentos de Pinterete, moro del reino de Valencia, con que muchas veces se nos había propuesto que le curásemos" (Olivares, 561). La herida, lejos de mejorar, empeoró, "acordamos de dar con los ungüentos al través y despedir al moro; y el se fue a Madrid a curar a Hernando de Vega, el cual murió, El Príncipe se volvió a curar a nuestro modo" (Olivares, 562).

Pinterete aparte, Vesalio hubo de padecer el disgusto de ser tratado como ignorante. Presente largos días en el tratamiento de la herida del príncipe Carlos, nada le dejaron hacer, nada de lo que dijo fue tomado en serio. Vio, oyó, habló sin ser escuchado, y representó en Alcalá el papel del convidado de piedra.

BIBLIOGRAFÍA

- ◆ Cabrera de Córdoba, L. *Filipe II rey de España*. Madrid: L. Sánchez, 1619.
- ◆ Daza, D. *Relación verdadera de la herida de cabeza del Serenísimo Príncipe D. Carlos nuestro Señor, de gloriosa memoria, la cual se acabó en fin de julio de 1562*. Colección de Documentos Inéditos para la Historia de España. Tomo XVIII. Madrid: Vda de Calero, 1851; pags. 537-563.
- ◆ Fernández Álvarez, M. *Felipe II y su tiempo*. 11ª ed. Madrid: Espasa Calpe, 2000.
- ◆ Fuensanta del Valle, M. *de la Colección de Documentos Inéditos para la Historia de España*. Tomo XCVIII. Madrid: M. Marco y Viñas, 1891.
- ◆ Gachard, M. *Don Carlos et Philippe II*. 2ª ed. París: Librairie Nouvelle, 1867.
- ◆ Hernández, J. "Cristóbal de Vega (1510-1573), médico de cámara del Príncipe Don Carlos (1545-1568)". *Dynamis*, 21 (2001) 295-322.
- ◆ Moreno Espinosa, G. *Don Carlos. El príncipe de la leyenda negra*. Madrid: M. Pons, 2006.
- ◆ Moüi, Cte. Ch. *Don Carlos et Philippe II*. 3ª ed. París: Perrin & Cie, 1888.
- ◆ Olivares, S. *Relación de la enfermedad del Príncipe D. Carlos en Alcalá por el Doctor Olivares médico de su cámara*; Colección de Documentos Inéditos para la Historia de España. Tomo XV. Madrid: Vda de Calero, 1849; pags. 553-574.
- ◆ Rojo Vega, A. "Heridas en Flandes. La campaña de Frisia (1568)". *REIQ*, XIII, 1 (2010) 43-48.
- ◆ Vega, C. *Commentaria in librum aphorismorum Hippocratis*. s.l., s.i., s.a. Dedicado al propio príncipe.

NOTA DEL AUTOR

1. *Catedrático de Historia de la Ciencia en la Facultad de Medicina de Valladolid*. c/ Ramón y Cajal, 7; 47005 VALLADOLID. rojo@med.uva.es Instituto de Historia de la Ciencia Rodrigo Zamorano. Trabajo realizado dentro del proyecto FFI2011-23200 "Lexicografía y Ciencia: El estudio histórico del léxico especializado y análisis de las voces que contienen". Las imágenes han sido tomadas de Wikipedia y de ediciones insertas en Google-books, Gallica y BDH